

Tierra y Libertad

F. A. I.

I. S. G.
COLLECTIE

Barcelona, 11 de Julio de 1931

SEMANARIO ANARQUISTA

Año II - Núm. 21 - 15 CENTIMOS

La función anárquica en la Revolución Social

La revolución no es actualmente, como antes de la guerra, una eventualidad de la que no corre prisa ocuparse de ella. Tiene muchas probabilidades de que sea pronto un hecho, y de aquí la necesidad que tenemos los anarquistas de saber qué función deberemos ejercer, aunque, como es bastante probable, no lleve la dirección precisa que nosotros quisiéramos.

Es muy fácil que en la mayor parte de las naciones de la Europa Occidental una revolución en estos momentos o en momentos bastante cercanos, establecería una república que, por tendencias más o menos socialistas que tuviera, estaría muy lejos de asemejarse a un orden de cosas anárquico. ¿Deberemos por esto poner obstáculo a la revolución o sernos indiferente por el motivo de que no podrá darnos lo que quisiéramos? No hay un solo anarquista que así lo piense. Al contrario, deberemos tomar parte en ella con todas nuestras energías, sea con objeto inmediato de derribar todas las instituciones de privilegio y de opresión que nos sea posible, o sea para aprovecharnos de la momentánea ausencia o debilidad gubernativa para reforzar nuestra posición de anarquistas creando y multiplicando instituciones libres y voluntarias fundadas en el mutuo acuerdo, que sean el punto de partida para una nueva acción y que representen y constituyan la defensa de la libertad en oposición a cualquier gobierno que se constituya.

Si previendo que la solución más probable de la revolución fuese una república más o menos dictatorial o socialista, nosotros renunciaríamos desde ahora a nuestra función de anarquistas y nos adhiriéramos al movimiento y a la propaganda republicana o socialista dictatorial, convirtiéndonos en un inútil duplicando de otros partidos y nos cerraríamos de hecho el camino nuestro, dejáramos de ser una fuerza independiente y quedaríamos absorbidos por los partidos de gobierno de mañana. Si así fuese nuestra equivocada actitud, la revolución tomaría una dirección más autoritaria aún y la ausencia de una oposición que la empuje más adelante haría que fuese menos radical. En cambio, aunque de la revolución surja un gobierno cualquiera, éste será tanto menos opresivo y nos tendrá que dar tantas mayores libertades cuanto más imbuido esté de espíritu igualitario, cuando más haya en el país fuerzas de oposición ultrarrevolucionarias y libertarias, cuanto más numerosos sean los núcleos, las asociaciones y las instituciones que reivindiquen la libertad de administrar por sí mismos sus propios intereses y de organizar con iguales libertades las propias relaciones con la restante sociedad.

Se nos dice que esta oposición al poder de mañana podría favorecer las tentativas contrarrevolucionarias del interior y del exterior y debilitar la posición general de la revolución. Decir esto significa desconocer el carácter y el espíritu de la oposición antigubernamental anárquica. De otra parte, la ausencia de una posición al gobierno podría muy bien provocar en él una mayor degeneración, hasta el punto de convertirse el mismo gobierno en centro de la temida contrarrevolución. Pero aunque así no sucediere, se debe comprender que la oposición anarquista se moverá siempre en un sentido más revolucionario, es decir, encaminado a comba-

tir con mayor energía e intransigencia los residuos que quedaren del pasado en lugar de favorecerlos. En la misma oposición podría dar su concurso más activo —y en la oposición este concurso sería aún más seguro e inevitable— para combatir en el terreno de la acción, de acuerdo con las demás fuerzas revolucionarias de otro género, cualquier tentativa reaccionaria o burguesa de dentro o de fuera.

Se suele decir entre nosotros, ya desde los tiempos de Bakunin, que la revolución será anárquica o no será revolución; pero hay quien entiende esta fórmula de modo erróneo, como si dijéramos: o la revolución se encaminará hacia la anarquía o en caso contrario no queremos saber nada de ella. No es esto. Bakunin quería decir que, para tener éxito, la revolución necesita que se desaten todas las fuerzas latentes en el pueblo, sin frenos ni coacciones, en todas partes y en todos los sentidos, y de hecho, así es de prever que ocurra en el primer momento insurreccional. Si se perdiese demasiado tiempo ordenando, controlando, etc., si en todas partes se esperasen órdenes de los jefes o de un centro, es casi seguro que la reacción nos ganaría el terreno. El triunfo de la revolución será más seguro si la iniciativa revolucionaria se desarrolla voluntaria en todas partes del territorio, ataca directamente los organismos autoritarios y, una vez abatidos, pasa a la expropiación.

Concurrirán en la revolución y podrán también ser útiles, las fuerzas organizadas, ordenadas, movidas por este o aquel centro, guiadas por jefes, etc., pero estas fuerzas solas serían insuficientes y llegarían siempre demasiado tarde, si la primera acción anárquica, más o menos indisciplina formalmente, pero unánime por una disciplina interior más sólida porque estará formada de una unidad de tendencias, no hubiese vencido las primeras resistencias, desembarazado el terreno de operaciones e impedido con el asalto previsto y en todos los puntos a las fuerzas enemigas poder reunirse, concertarse y coaligarse. Aun en este sentido, pues, la acción anárquica (entendida no solamente en el significado de partido, sino en modo más general), tiene una función imprescindible que, si renunciáramos a ella para incorporarnos en una especie de ejército con sus cuadros esperando órdenes de jefes y de centros, tal vez renunciáramos a la victoria.

La revolución, por lo tanto, aunque no sea anárquica en el sentido que quisiéramos, no dejará de ser una revolución y no nos impedirá tomar parte en ella; pero más o menos anárquica que sea, más o menos autoritaria, lo cierto es que, cuanto más anárquica sea tanto más completa será y mayores probabilidades tendrá de vencer. La misión de los anarquistas, pues, estriba en imprimir a la revolución la dirección más anárquica posible.

No cabe duda que es esta una misión relativamente limitada, y que para llevarla a cabo no tendremos fuerzas tan abundantes que nos permitan el lujo de dedicar unas cuantas a tareas que no son nuestras.

Es indudable que si faltan las condiciones necesarias para establecer un régi-

Nuestros gobernantes amenazan ya con las prisiones para reducir a silencio a todo quisque.

¿Hoy como ayer? No. Hoy mejor que nunca. Amenazan como querían los amos de la fuerza bruta, que para ellos si que no hay tregua.

Las conciencias españolas se yerguen alzada contra ellos, dadas de sí y seguras de sus destinos.

¡Guay de los vencidos en estas horas de grandes y últimas liquidaciones! ¡Guay de este mandillo de bandidos de frac, chistera y guantes blancos!

men anarquista, surgirá un gobierno cualquiera, más o menos revolucionario, y por lo tanto precisará que algún grupo o partido asuma la obligación de gobernar. Pero al hacer esta suposición, ¿quiere decir que los anarquistas debemos asumir esta obligación? No, jamás. Si la grey humana tiene una necesidad de pastores, que los escoja donde quiera. Pero nosotros que no queremos pastores, tampoco queremos serlo, ni sabríamos serlo. Continuaremos, por consiguiente, combatiendo a los pastores y estaremos contra ellos en la medida que ellos mismos merezcan, tanto más hostilmente cuanto más les veamos propensos a adoptar el palo y las tijeras del esquilador. Ya desde el primer momento nosotros no queremos que se nos corte, que se nos pegue y se nos esquite.

Claro que no confundimos la autoridad coercitiva con la administración. La facultad de administrar será una de las cosas esenciales enseguida, al mismo día siguiente de la insurrección victoriosa. Pero, ¿qué es lo que confiere esa facultad? No ciertamente el hecho de ser los individuos más salientes de un partido, ni el ser nombrados diputados o comisarios del pueblo. Se trata de una facultad técnica que no es privilegio de gobernantes e jefes.

Nosotros no excluimos los administradores técnicos, a condición de que éstos sean elegidos entre los interesados, condición principal para que sean competentes y administren según los pactos libremente estipulados entre los mismos interesados. Es decir, que se trata de delegación de funciones siempre revocables, y no de delegación de poderes. Mientras esto no sea posible y sean los llamados administradores los que hagan la ley según la cual administrarán, es decir, mientras sean gobernantes, es evidente que no habrá anarquía. En tal caso, cuya posibilidad no excluimos, la función de los anarquistas consiste en hacer propaganda y luchar para que sustituya a la ley coercitiva el libre acuerdo, pero de ningún modo convertirse en administradores-gobernantes.

Por lo demás, obsérvese que, actualmente, los que administran, en el sentido práctico de la palabra, no son los gobernantes; éstos, al contrario, dificultan la administración de los servicios y de la riqueza pública, mandan a los verdaderos administradores y desvían y hacen degenerar su misión a beneficio de aquellos. ¿Acaso en los municipios la oficina del estado civil o de estadística tiene necesidad del delegado regio, del alcalde o del asesor para funcionar? ¿Acaso la industria o el comercio, los ferrocarriles, los correos y telégrafos, todos los servicios públicos, etc., están administrados por los gobiernos o por los ministros? Los

verdaderos administradores son los funcionarios técnicos dependientes, casi siempre desconocidos, que, por lo que de útil y necesario hacen ninguna ventaja tienen en ser funcionarios estatales, al contrario, les perjudica el servilismo que entorpece sus servicios.

De igual modo en la gestión de la riqueza privada, la función administrativa más útil, la única necesaria, no es ciertamente la de los accionistas, de los propietarios y de los banqueros, sino la del personal administrativo de cada servicio, de cada fábrica, de cada establecimiento, de cada empresa, estipendiado o asalariado y no patrono. Ahora bien, ¿por qué no debería usufructuarse sus facultades administrativas en modo libertario, sin sobreponerle órganos de coerción y de control, inútiles en la práctica cuando no nocivos?

Claro que mientras los interesados, o por lo menos un número suficiente de ellos, no tengan una cierta conciencia de sus necesidades y del mejor modo de satisfacerlas y de sus derechos y deberes, no será posible la anarquía. Pero esta conciencia no se les podrá formar mandándoles, imponiéndoles con la fuerza, sino creándoles nuevas condiciones que hagan posible la formación y desarrollo de tal conciencia. En la servidumbre no se forman hombres, fuera de pequeñas minorías; únicamente la libertad puede dar la conciencia libertaria a las grandes mayorías. Y he aquí por qué es necesario que haya, durante y después de la revolución, un partido que combata principalmente por la libertad, que consista y defienda la mayor suma de libertad para todos.

Cierto que la libertad no es el único problema social importante y nosotros no queremos dejar arriñonados los demás; pero es uno de los más importantes, antes nos parece que después que el del pan es el más importante de todos. Hasta se podría sostener que el problema de la libertad está en primera línea, si se piensa que el salario es una forma de servidumbre, que, en sustancia, los patronos son los opresores, los enemigos de la libertad de los obreros a quienes explotan; si se piensa que, si estuviéramos libres de la opresión estatal, si el gobierno no nos impidiera toda libertad de movimiento, pronto nos habríamos desembarazado de cualquiera otra presión y resuelto todos los demás problemas. No sería difícil demostrar que cada problema social se reduce en último análisis a una cuestión de libertad, como procuró demostrar, veinticinco años atrás, Sebastián Faure en uno de sus notables libros.

Pero esto importa poco. Volviendo al modo más común de entender el asunto, es verdad que hoy los hombres entienden poco su interés, pero entenderlo sólo puede enseñárselo la experiencia. Si en cambio se quiere que sean unos cuantos los que se cuiden de este interés de todos, gobernándoles, ¿cómo se elegirán? ¿quién los elegirá? Para los imbeciles y los ignorantes también la ciencia será una tiranía, sule decirse. ¿Pero quién será el representante de la ciencia que pueda estar autorizado para imponer su tiranía? ¿Acaso basta la ciencia para que sean honrados los que la poseen, para hacerles desinteresados, para impedir que se sirvan de la ciencia y del poder juntamente para hacer su interés en perjuicio de la colectividad? Si hoy las verdades más evidentes de la ciencia no son aceptadas bu-

namente ni reconocidas por todos aquellos que más interés tienen en reconocerlas, no es por una innata malicia suya, sino por el modo como quisieran imponérselas, por las condiciones de ambiente, económicas y sociales que les impiden comprenderlas o aceptarlas sin un cierto daño inmediato.

Por ejemplo, no basta que el médico y el arquitecto expresen el parecer de que la gente vaya a habitar casas higiénicas y limpias, para persuadir a las personas habitadas a vivir entre porquería a que cambien de casa. Primeramente es necesario construir las casas sanas y decentes; es necesario quitar a los señores el uso superfluo de las nueve décimas partes del espacio que ocupan sus palacios y sus villas, y entonces veréis que la pobre gente hoy amontonada en los tugurios no tendrá dificultad en pasar a las nuevas habitaciones donde hallarán mayor comodidad y posibilidad de vida y un mayor motivo para que aprendan a vivir menos puercos, siempre más limpios. Para persuadirse de esto basta visitar y comparar los barrios viejos donde la población obrera está demasiado aglomerada con los barrios nuevos de muchas ciudades constituidos por casas y casitas obreras construidas según las normas higiénicas y con las comodidades más modestas (sea por iniciativa privada, o cooperativa o municipal) para ver en seguida cómo estas últimas señalan un inmenso progreso sobre las primeras en cuanto que sus habitantes ofrecen ya un nivel más alto de civilización, de limpieza, de decencia y de orden.

No cabe duda que para la proyección de las casas deben ser propuestos los higienistas y los arquitectos y no los inquilinos, y al construirlos los albañiles seguirán los planos dados por el ingeniero y no las indicaciones del primer ignorante en esta materia que se presente. Suponer que la gente pretenda lo contrario, sólo por el hecho de que ya no hay gobierno, sería una tontería. En cualquier administración la capacidad técnica es la primera cualidad necesaria, pero esta cualidad no tiene nada que ver con la de gobernar, de mandar y de imponerse con la violencia o la amenaza.

Pero el esfuerzo que debe hacerse es siempre el mismo, doble: desbaratar el orden de cosas actual, es decir demoler las instituciones nocivas, cambiar el ambiente, para que los hombres a su vez puedan transformarse, y entre tanto ir cambiando cuanto sea posible la mentalidad y la conciencia de la minoría más susceptible de ser influida por nuestra propaganda, a fin de que esta minoría adquiera la fuerza necesaria para dar el primer empujón a la barraca estatal y burguesa, al propio tiempo que constituya el primer núcleo de la sociedad libre de mañana.

En seguida, ya desde el primer momento, sin esperar la época en que los hombres sean maduros, deben entenderse los hombres de buena voluntad para resistir a los malvados y a los sin escrúpulos e impedirles que arrastren, engañándola, a la masa aun inconsciente de los interesados; poniendo en práctica donde puedan y tanto como puedan las propias ideas y los propios medios de organización social.

Luis FABBRI



La tribuna durante el discurso de Germinal

Pensamientos de un joven campesino

EL NUEVO ENGAÑO: LA LEY
¿TACHEMOS LA LEY?

La ley representa la hipocresía de los primeros malvados.

La ley es un pretexto que tienen los egoístas para regir tiranizando los pueblos.

Siempre sirvió para matar lo justo.

¡Juventud! Estudiemos. Despreciamos las injusticias. Anemós la moral, y el triunfo de la anarquía habrá llegado.

Dionisio CRESPO



El público del mitin de la F. A. I., en Madrid